La esencia del alma

Pedro M. Almagro

Image not found.

Capítulo 1

LA ESENCIA DEL ALMA

Sufrimiento, pasión, miedo, amor, odio. Estos son solo algunos de los conceptos, sentimientos y emociones que, más tarde o más pronto, son realidades que se aferran a la vida de todo ser humano, aunque no siempre se presentan en la forma ni en la medida que, particularmente, a cada uno de nosotros nos gustaría. Soñamos con encontrar nuestro propio vellocino de oro, nuestra musa, toparnos con esas vivencias tan atractivas e incluso divertidas en ocasiones, que la vida nos puede brindar y que por desgracia no suele ser así. En cambio es más fácil toparse con esos aspectos negativos o desfavorables de nuestra vida que nadie clama y nadie busca, pero que de todas formas son necesarios, por raro que nos pueda parecer, para poder apreciar lo positivo del lado opuesto, es decir, todo eso que consideramos bueno.

En cualquier caso buscamos esos sentimientos, esas emociones que, por el motivo que sea, faltan en nuestra vida o que creemos que faltan. Necesitamos experimentar o sentir cosas nuevas, nos cobijamos bajo el amparo de lo que sea que nos proponga algo para llenar ese vacío; nos comparamos con otras personas constantemente; nos castigamos el alma escuchando las noticias; vemos esos programas tan lamentables de gente que hace públicas sus miserias. Todo ello para intentar llenar esos huecos en nuestra existencia como si de una cadena de ADN incompleta se tratara. Lo que parece sorprendente e incomprensiblemente increíble, por fortuna para todos, es que cerca de nosotros, en cada centro comercial, en viejas salas que luchan por permanecer ahí, incluso en terrazas, públicas o privadas, al aire libre en verano, podemos encontrar todas esas sensaciones y emociones de las que aquí hablo y muchas más acudiendo a una sola sesión de eso que nos puede ofrecer lo que buscamos y que llamamos CINE. Bien es cierto que en los últimos años el séptimo arte ha degenerado mucho, casi tanto como el precio de cada sesión por mala que esta sea, pero en la mano de cada uno está la posibilidad de seleccionar esa sesión que pensamos que nos va a ofrecer, aunque sólo sea durante unos minutos, lo que en ese momento necesitamos o, sin ir más lejos, que nos apetece, que nos reclama nuestro interior, ya que nuestra elección, a menudo, va en función de nuestro estado de ánimo: si estamos tristes elegimos dramas, si nos sentimos animados y atrevidos elegimos una de aventuras, incluso si nos sentimos mágicos y poderosos podemos adentrarnos en los entresijos de una sesión en la que la ciencia-ficción se apodera de nuestro cerebro y de nuestro subconsciente convirtiéndonos durante dos horas en eso que nos gustaría ser. El problema se presenta en el momento que uno no llega a discernir la realidad de la ficción, entre la vida cotidiana y la vida en Matrix, pues el efecto de esa sesión se puede convertir en algo verdaderamente conflictivo e incluso peligroso. Por ello siempre es positivo un poco de

crítica constructiva después de haber disfrutado de una buena película en una de esas salas diseñadas para hacernos pasar un buen rato en las que nos evadimos y nos abandonamos al antojo de cientos de miles de fotogramas magistralmente adiestrados para seducir y abordar nuestra propia personalidad buscando, dentro de cada uno, la esencia del alma.